

SOLER, Ramón. *Adela y Matilde o los cinco últimos años de la dominación española en el Perú*. Edición y notas de María Pilar Gomis Martí y José Benjamín González Nebot. Barcelona: Editorial Caballo-Dragón, 1991; 329 pp.

Cuando se repasa la historia militar de la independencia del Perú, uno no puede dejar de conmovirse por la suerte que cupo al bando realista. Su obstinada defensa de lo que quedaba, a partir de 1822, de las posesiones españolas en el continente americano, tuvo caracteres de auténtica epopeya y no pocas notas de romántico heroísmo.

Ya consolidada la independencia de México, de las Provincias Unidas del Río de la Plata, de Chile y la Gran Colombia, y desembarcadas las fuerzas de San Martín en el Perú, el ejército del último virrey, José de La Serna, era un puñado de hombres agotados por trece años de guerras, cercados por territorios enemigos; sin una sola goleta que pudiera desafiar el poderío marítimo de los insurgentes; con pocas o nulas esperanzas de recibir auxilios desde España dado el estado de desorden interno que ahí se vivía durante el llamado “trienio liberal”; y considerados como enemigos por la población local, que era ganada día a día por la causa patriota.

La novela de Ramón Soler, subtitulada “novela histórica original” permite sumergirse en esos años de guerra civil en el Perú, cuando Lima y otras ciudades cambiaban vertiginosamente de mano; ora realista, ora patriota. En la costa mandaba San Martín, mientras que La Serna había instalado su gobierno en el Cuzco, desde donde, en un ambiente rodeado por las ruinas incaicas, rigió los restos del imperio español en América.

Se trata de una obra correspondiente al género de la novela romántica, tan en boga en el siglo pasado. Fue publicada originalmente en 1843, en Madrid, en la imprenta del Boletín del Ejército, firmada por “el coronel D. R. S.”. Los eruditos la atribuyen a Ramón Soler, militar liberal español que peleó en el bando realista en el Perú bajo las órdenes del general Jerónimo Valdés, artífice de la victoria española en la “campana del sur” o segunda “expedición a intermedios”, en 1823. Hasta donde sé, es completamente desconocida en el Perú, y apenas citada por aislados eruditos de la novela española decimonónica; ninguno de los cuales, sin embargo, había podido dar con un ejemplar, hasta que se halló uno en Santiago de Chile, que ha servido para esta edición (así lo manifiesta Joaquín Marco en su estudio introductorio).

La motivación principal de Soler para escribir su novela fue reivindicar para la historia la gloriosa y a la vez penosa gesta de sus compañeros de armas en la dilatada campaña del Perú. Los editores han destacado bien, en las notas que acompañan la obra, la difícil empresa que aquellos debieron correr. Eran casi todos hombres, españoles o criollos, que había luchado como patriotas en la guerra contra los franceses en la península ibérica. Venían ahora a América a enfrentarse contra los patriotas locales, comandando tropas indígenas sobre cuya lealtad cabían sobradas dudas, y habían que vigilarlas en las noches para evitar fugas. Los hombres “buenos” de allá, pasaron a ser los “malos” de acá. La desertión fue el camino que muchos tomaron. No faltaron los que se pasaron, por convicción, al bando insurgente. Otros, como Soler, optaron por el disciplinado camino de la lealtad a la monarquía, aun cuando sus convicciones liberales (puestas repetidas veces de manifiesto en la novela) lo llevaban a simpatizar con la causa emancipadora, hasta el punto de juzgar la guerra como cosa insensata y resultado de la obstinación de la corona española y su desinterés en la suerte que corrían sus tropas en América.

García Camba, otro oficial español, que al término de la campaña en el Perú escribió sus *Memorias para la historia de las armas reales en el Perú*, anotó ya la desdenosa indiferencia con que a su vuelta a España fueron recibidos los vencidos soldados españoles. Se les motejaba como “los ayacuchos”. En más de un pasaje de la novela el autor pone de relieve esta injusticia: los hombres que enrostrando mil dificultades habían conseguido para su patria victorias tan encomiables como las de Ica, Torata, Moquegua y Matará, debían ahora reintegrarse a una sociedad que prefería ignorar que esa guerra habían existido.

La novela transcurre entre varios sucesos históricos de los años 1822 a 1825. La anécdota es la de dos amores que unen a dos oficiales de las fuerzas patriota y realista, en cada caso, con sendas muchachas peruanas, y el trágico fin que ellos tienen; precisamente a causa de la guerra, y en último término de la insensatez política de quienes tuvieron en su mano evitarla.

El escenario es el de los Andes centrales y del sur: Jauja, Huamanga, Cuzco, Moquegua, Abancay... Y no es poco el interés que tiene la apreciación de liberales como el coronel Soler, acerca de la sociedad indígena y sus tradiciones. Varios pasajes “costumbristas” en la novela presentan este tema. El autor incluyó un centenar de notas para explicar los términos lingüísticos locales y la historicidad de algunos hechos narrados. También hay notas de

los editores, que complementan la información histórica y, aunque incurren en algunos errores geográficos e históricos, éstos no son graves. Estas están redactadas en un sabroso estilo, que contrasta con el ceremonioso y de grave rigidez de la novela romántica, y demuestran una vasta cultura literaria y un agudo sentido del humor.

La obra de Ramón Soler se une así a las de García Camba y Fernando Valdés (hijo, éste, del general Jerónimo Valdés, que editó en Madrid a finales del siglo XIX las “Memorias” de su padre en cuatro volúmenes, con el título de *Documentos para la guerra separatista del Perú*), en la tarea de presentarnos la “visión de los vencidos” en esta contienda que marcó el nacimiento de nuestra república.

*Carlos Contreras*